Domingo XVIII Tiempo Ordinario Ciclo A

A QUIEN COMPARTE LE SOBRA.

Benedicto XVI decía que "los desiertos exteriores de hoy surgían de desiertos interiores", no importa la clase social o ideología a la que se pertenezca. Lo que le interesa a la liturgia de este domingo es hacernos saber que con Jesús podemos aprender a compartir el pan con todo lo que significa e implica.

DE LA COMPASIÓN AL COMPARTIR.

En tiempos de Juan Bautista cuyo martirio precede al texto de hoy, la palabra convocaba la gente al desierto; hoy ahora es Jesús quien desde su compasión origina el compartir como misión de los discípulos respuesta a la carencia del pan; así el texto no haga referencia a la multiplicación de los panes. Jesús se compadeció y solucionó el problema contando con la Iglesia formada por los discípulos de entonces y los de ahora que somos nosotros: "No hace falta que se vayan dadle vosotros de comer". Antes de compartir los panes Marcos (6,39) dice que Jesús ordena a la gente sentarse en grupos para indicar que el compartir requiere una organización y no simplemente esperar el don de manera pasiva o desorganizada.

El relato de Mateo tiene perfil eucarístico: "Jesús Tomó los cinco panes y los dos peces (frutos de la tierra y del trabajo de los hombres) y mirando al cielo pronunció una bendición", la acción de gracias de Jesús por el pan, es el inicio de todo milagro que en el futuro puede garantizar las demás acciones de compartir: "partió los panes y los peces, los dio a los discípulos para que se los distribuyeran a la gente" Se pasan el don de unos a otros, un don que por ser para todos los implica en la responsabilidad de hacer comunidad desde la eucaristía. "Todos comieron hasta saciarse y con los sobrantes se llenaron doce canastos. Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños" (evangelio). "Dichosos las que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados" (bienaventuranza).

Lo que podría ser un plan de emergencia de productividad, o uno de los principios más sanos de economía, debe su real y más profunda explicación a todo cuanto puede la fe de cada comunidad cristiana cuando de compartir se trata. Si a la compasión que es el primer sentimiento por recuperar le sumamos la fe, da como resultado el compartir hasta que sobre; de lo contrario siempre le faltará. Sólo quien comparte sacia y se sacia; quien no comparte aumenta la sed personal y social. No compartir porque no tenemos ni nos alcanza lo que tenemos, como dijeron los discípulos a Jesús, sigue siendo un rodeo mentiroso ya que pudieron haber compartido lo que les era propio. Compartir no es pérdida sino ganancia; donde hay gratuidad existe humanidad en forma de comunión. El Salmo de la liturgia de hoy hace eco de todas las lecturas cuando dice: "El Señor es bueno con todos y cariñoso con todas sus criaturas. Los ojos de todos te están aguardando, tu les das comida a su tiempo; abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente" (salmo 145).

¡QUE HUBIERA SIDO DE NOSOTROSi

Aunque los discípulos querían ayudarle a la gente su razón contable no daba para solucionar el problema. "Estamos en un descampado y ya es muy tarde; despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprarse algo de comer. Sólo tenemos aquí cinco panes y dos peces" (evangelio).

Con la mentalidad de los discípulos muchos no hubiéramos recibido comida, vestido y sobre todo educación. Cuando tenemos grandes carencias todos soñamos con ser o tener algo más pero ¡con qué facilidad olvidamos el pasado! La memoria no funciona cuando se trata de mirar hacia atrás porque la sociedad y la familia nos maleducaron mirando solo hacia adelante ¿y los pobres qué? Ahora no les quedan ni los perecederos porque la ganancia como criterio absoluto del mercado prohíbe hoy por razones de calidad excedentes comerciales.

LO QUE AUN NOS FALTA.

El compartir el pan brota como una verificación del amor de Dios que remueve la compasión en nuestro corazón y nos permite repetir con Pablo: "Que podrá apartarnos del amor con que nos ama Cristo: El hambre, la desnudez, las angustias, las tribulaciones. Ciertamente de todo esto salimos más que victoriosos, gracias a aquel que nos ha amado sin permitir que nos apartemos del amor que nos ha manifestado Dios en Cristo Jesús (2ª lectura)

Estar bien no nos impide tener sed y sentir hambre de lo que aún nos falta: paz interior, convivencia ciudadana, equidad, alegría, compasión.

El oráculo profético de la primera lectura hace eco en nosotros cuando dice: "¿por qué gastar tu dinero en lo que no es pan; tus salarios en lo que no te satisface?" Al mismo tiempo, nos invita a mirar a Jesús quien puede llenar nuestros deseos más profundos, "Préstenme atención, escúchenme y vivirán que ustedes pueden tener vida" (Primera lectura).

Este oráculo del Segundo Isaías no era sólo para los deportados en Babilonia y que soñaban el retorno por concesión de Ciro; sino para todos los que la comida y la bebida son absolutas y no añadidura después de creer y compartir.

La compasión y el compartir van transformando el corazón de piedra en un corazón de carne haciéndonos semejantes a Jesús en su humanidad; sin dejar de perder cuanto sobre para darle continuidad al milagro que se inicia con la eucaristía que es algo muy distinto a "ir a misa".

Padre Emilio Betancur Múnera